Aun recuerdo

samuelebeniabram samuelebeniabram

Capítulo 1

Aún recuerdo…

Cuando iba al instituto, me comportaba de una forma insólita para un niño de mi edad.

Cuando terminaban las clases, en vez de volver a casa, prefería caminar por las callejuelas del centro del pueblo, deteniéndome de vez en cuando, aquí y allá, para hurgar en las viejas tiendas de anticuarios que vendían libros de grandes escritores de siglos pasados.

Finalmente, siempre compraba alguno.

Los menos conocidos y aburridos de leer, los gastados o cubiertos por el polvo, eran mis preferidos.

Volvía a casa por la tarde con la mochila llena de libros viejos comprados por poco dinero, convencido de haber hecho un gran negocio y de haber encontrado verdaderos tesoros.

Después de cenar con mis padres junto al fuego de una chimenea, me retiraba a mi habitación y a la luz de una vela, leía lo que más me emocionaba de aquellos libros comprados con tanta avidez.

Desde la ventana de mi pequeña habitación, que se asomaba a un jardín lleno de árboles y perfumado por rosas de distintos colores, se podía ver a poca distancia el lago iluminado por la luna y, a veces, en invierno cubierto de nieve, las callejuelas excavadas iluminadas por las pocas luces aún encendidas y los techos de las casas del pueblo con las tejas oscuras y sucias por el paso del tiempo.

Me quedaba así, con un manta sobre los hombros, sentado durante horas y horas leyendo, analizando, intentando de interpretar el significado de aquella sucesión de letras escritas y de aquellas silenciosas palabras, colocadas una tras otra con inteligente precisión.

Hasta adentrada la noche, encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación, a la luz de una vela que lentamente se iba consumiendo, escribía mis impresiones y las frases que más me gustaban en un diario negro con tapa dura que había titulado Las reflexiones del alma. Un alma que todavía hoy, cuando me quedo a solas conmigo mismo rodeado por el silencio, me interroga.

Asimilaba los grandes conceptos de la vida, la muerte, del dolor, la tristeza, la pasión, la alegría, el amor, vividos por hombres de otros tiempos que habían dejado la huella de su existencia, reputada después

por las generaciones siguientes como geniales y simbólicas.

Aquellos libros, que parecían de lectura fácil a todo el que tuviera poco dinero para gastar, encerraban entre líneas secretos de inestimable valor para cada hombre que quisiese superarse o intentar entender aquel mundo desconocido que reside dentro de nosotros.

Un mundo imposible de descifrar.

Quien no leía ciertos libros, no tenía tampoco ciertos pensamientos y permanecía encerrado en su caparazón con sus ilusorias verdades, sus sueños irrealizables, sus fantasías de vida que formaban parte de un mundo simple, cómodo, agradable…, irreal.

Solo con el tiempo llegué a comprender que los hombres son átomos sin voluntad alguna, ignaros del propio contenido, movidos por una inercia colectiva y por una sociedad que los aclamaba porque los quiere ausentes de cualquier tipo de rebelión interior.

Algunos, solo algunos, poseen un poco de materia cerebral que los engaña haciéndoles creer que pueden elegir y ser libres, cuando en realidad se mienten, con el fin de seguir perdurando, para poder llevar a cabo una misión que no han escogido, pero que se han visto constreñidos a vivir.

De hecho, durante mi camino, no he conocido nunca a ningún hombre que afirmase abiertamente y con una digna humildad, de no conocer el significado de algún concepto, de alguna experiencia, de alguna actitud, de algún pensamiento, de alguna cosa, para el totalmente desconocida.

Todos los que he encontrado con la arrogancia y la presunción humana, conocían, sabían y hablaban muchas veces sin decir nada.

Pero en la realidad de un muchacho que se asomaba al mundo, sus interpretaciones no me satisfacían. Eran demasiado simples, banales, lógicas, carentes de espesor, de profundidad, de aquellos conceptos que con inquietud iba buscando, de todas aquellas verdades que nadie me conseguía explicar, ya que eran, quizá, demasiado difíciles de explicar o de entender.

Buscaba entonces la opinión de hombres que habían vivido sus vidas basada en -ser- y no en-tener-. Capaces de alzar a cualquier hombre a un grado más alto de lo que hubiera podido alcanzar por sí mismos, ya que sus contenidos interiores retenían mucha más riqueza que los exteriores, sujetos a los cambios del tiempo y de la suerte.

Un contenido por el que yo estaba interesado.

Por naturaleza siempre me han atraído los océanos que viven dentro de ciertos seres humanos; nunca, los pequeños arroyos.

Siempre he pensado y sigo sosteniendo que el pensamiento de la mente humana si no se alimenta, es circular en su pensar, se detiene, se estanca y se seca lentamente porque no puede regenerarse.

Si los conceptos de la vida de un hombre vienen confrontados o se comparan solo con el habitual grupo de amigos, las ideas, los pensamientos, las visiones, los sueños dan vueltas alrededor de sí mismos, carentes del estímulo, dudas, preguntas, que solo entre las líneas escritas de ciertos hombres que han cambiado el modo de ser y de vivir de las generaciones futuras se puede encontrar.

La lectura de aquellos libros era para mí como una conversación con los hombres más eminentes de siglos pasados que me transmitían lo mejor que existía en sus íntimos. A veces me sucedía que, a un cierto punto de la noche, mi cerebro, como de casualidad, se iluminaba y en mi mente comenzaban a transitar pensamientos de una belleza indescriptible.

Entraba entonces en los laberintos de aquellos conceptos que los libros me habían enseñado.

Un pensamiento tiraba del otro, un razonamiento se sumaba a otro razonamiento, una imagen atraía a otra completamente diferente y toda aquella confusión me provocaba un rumor ensordecedor.

Apagaba entonces lo que quedaba de la vela y me tumbaba en la cama para no alejarme de los pensamientos que me atravesaban la mente y que tenían el poder de transformarme.

En la completa oscuridad, acompañado de la silenciosa y opaca luz de la luna que entraba por la ventana, escribía rápidamente en mi diario aquellos pensamientos hasta llegar a quedarme dormido completamente agotado.

Estamos muy… demasiados acostumbrados a dar, a palabras como silencio y soledad, un significado de –melancolía-, sin considerar, que aquel silencio y aquella soledad marcan la verdadera condición de cada hombre en relación con el propio pensamiento capaz de olvidar durante horas todos los problemas que lo rodean.

Siempre he pensado que la riqueza interior tacita vale poco, poco más que nada, y todo lo que no se llega a decir, a escribir o a vivir, sino solo a pensar, se pierde entre el polvo.

Hoy, en la distancia del tiempo, hurgando entre las viejas cajas de cartón almacenadas en el desván, he vuelto a encontrar por casualidad mi diario.

Y en una noche de invierno, solitaria y silenciosa tan profunda que hace tener miedo por su rumor, me he sentado delante de una taza de café caliente y humeante, leyendo y releyendo las páginas de lo que había escrito hace mucho tiempo.

He tenido la impresión de volver atrás en el tiempo, a aquella vieja casa de aquel pueblecito de montaña donde vivía con mi familia.

Entre las líneas de este viejo diario negro ya desmembrado y medio roto, los pensamientos vuelven a resurgir en mi mente uno tras otro, sucediéndose y contrastándose con muchos de los fragmentos que escribí y recogí con cuidado y amor cuando era un muchacho.

Los sueños de un niño que se ha convertido en un hombre.

Solo ahora entiendo el significado de aquellas palabras que me ensañaban a acrecentar el valor de la vida para poder responder a lo que mi alma a veces me preguntaba. Un valor que no conocía y que no podía apreciar en su grandeza, y que solo, y gracias a aquellos libros, lo aprendí.

Y el alma pregunta.